

## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> .....	11
<i>Presentación</i> .....	15
<b>PRIMERA PARTE: LA PREHISTORIA</b> .....	21
El nacimiento del Mal .....	21
Introducción a la Prehistoria .....	22
Las fuentes y el método .....	39
Los modos de vida y las patologías más usuales .....	42
Enfermo y sanador en las sociedades primitivas .....	50
Las formas básicas de curar .....	51
La prevención .....	53
Las enfermedades de los Metales .....	55
<b>SEGUNDA PARTE: LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES</b> .....	59
El Próximo Oriente .....	59
Introducción histórica .....	59
Las fuentes .....	66
Las enfermedades y sus tratamientos .....	68
La práctica médica .....	72
La legislación sanitaria .....	74
La enfermedad en la tradición hebrea .....	76
Introducción a la historia de los judíos .....	76
Las fuentes .....	78
Dios y el médico hebreo .....	79
La vida cotidiana y las enfermedades .....	80
La prevención .....	81
El enfermo en el Egipto Faraónico .....	82
Introducción histórica al Egipto Faraónico .....	83
Las fuentes .....	92
Los médicos y las enfermedades .....	94
Los médicos egipcios .....	94

Las enfermedades y su tratamiento .....	96
Traumatismos .....	98
Enfermedades infecciosas .....	99
Patologías osteoarticulares .....	100
Patología respiratoria .....	100
Enfermedades de los ojos .....	101
Enfermedades de diversa etiología .....	102
Las condiciones de vida .....	103
Los hábitos higiénicos .....	103
Salud y trabajo .....	106
<b>TERCERA PARTE: EL MUNDO GRECORROMANO</b> .....	<b>115</b>
Grecia .....	115
Introducción a la historia de los griegos .....	115
Las fuentes .....	127
La medicina y los médicos griegos .....	130
El concepto de enfermedad .....	130
El médico griego .....	133
Las enfermedades de los griegos .....	136
Los enfermos .....	139
La población antigua de Grecia .....	139
Las condiciones de vida y la higiene .....	140
El trabajo y sus riesgos .....	143
Aspectos sociales y legales de la enfermedad .....	145
Etruria .....	148
Los etruscos y su historia .....	148
La enfermedad para los etruscos .....	151
Los hábitos higiénicos .....	153
La terapéutica etrusca .....	154
Roma .....	156
Introducción a la historia de Roma .....	158
Las fuentes .....	177
El médico en la sociedad romana .....	178
La medicina estatal .....	183
Medicina y trabajo .....	185
El trabajo en las minas .....	188

Las enfermedades de los romanos .....	193
La higiene .....	195
La legislación sanitaria .....	197
<i>Conclusiones</i> .....	201
<i>Bibliografía</i> .....	297
<i>Láminas</i> .....	227
<i>Índice de figuras</i> .....	259

## PRIMERA PARTE: LA PREHISTORIA

### EL NACIMIENTO DEL MAL

Reproducimos en el título de nuestro primer capítulo las palabras utilizadas por Marcel Sendrail en su libro sobre la historia cultural de la enfermedad, por considerarlo un buen punto de partida al acometer este trabajo. Este autor se pregunta si hubo una época «premórbida» en la que nuestros antepasados desconocían la enfermedad al igual que, según la tradición bíblica, entre otras, ignoraban la existencia de cualquier otro tipo de mal.

La respuesta de Sendrail, que compartimos, es que la vida orgánica lleva, en sí misma, el germen de la degeneración y la muerte, estando necesariamente por lo tanto encaminada hacia su fin desde el momento mismo de su origen. Cada una de nuestras células y tejidos lucha día a día por evitar una destrucción tan inevitable como inexorable, por lo que la vida es, por definición, un desafío provisional a la muerte. La enfermedad debe ser considerada, por tanto, inherente al Hombre desde que éste existe.

Dicho esto, se comprende que iniciemos nuestro estudio por el pasado prehistórico, aún a pesar de que este punto de partida lo hará, sin duda, más complejo. Sin embargo, el hecho de recurrir a fuentes no siempre históricas será un punto de partida metodológico que dará también sus frutos para el estudio de otras épocas.

## Introducción a la Prehistoria

El término «Prehistoria» se refiere tanto a una etapa de la Historia que tradicionalmente ha estudiado a los seres humanos y su cultura, desde sus orígenes hasta la aparición de la escritura, como a la disciplina científica que la estudia.

En términos generales podemos decir, pues, que los objetivos fundamentales de la Prehistoria son el estudio de los seres humanos, su cultura y sus sistemas sociales, en un espacio de tiempo en el que no existe la escritura. Para ello se valdrá, fundamentalmente, de los restos materiales obtenidos a través de métodos y técnicas arqueológicas y del apoyo en diversas disciplinas auxiliares y complementarias.

El Paleolítico es una etapa que geológicamente se sitúa dentro del Pleistoceno, primera parte del Cuaternario caracterizada por el enfriamiento de la Tierra y el fenómeno de las glaciaciones y que tuvo en cada continente unas características diferentes. Mientras que en África, cuna de la Humanidad, las variaciones que se producen afectan al régimen de precipitaciones con fases pluviales e interpluviales, en Eurasia se da, a lo largo de este extenso periodo de tiempo, una alternancia de glaciaciones.

Este clima cambiante hizo que las sociedades humanas tuvieran que adaptarse constantemente, por lo que los cambios acontecidos en este periodo fueron muy fuertes, tanto los relativos a las variables climáticas (temperatura, humedad, pluviometría...), como los relacionados con el desarrollo tecnológico, desde las industrias líticas rudas y pesadas de los primeros tiempos, hasta los microlitos, instrumentos de pequeño tamaño pero de gran especialización en las etapas finales.

En el periodo Paleolítico las sociedades son cazadoras-recolectoras (C. Gamble, 2001) y se agrupan en bandas. Las bandas son móviles, basándose en este hecho esencial su misma capacidad para subsistir. Sus asentamientos son de varios tipos: campamentos-base para habitación en los que se desarrolla la actividad estacional; lugares de carroñeo o despiece; y puntos de actividad concreta, como la elaboración de industrias líticas, a los que se desplazan todos o algunos miembros del grupo.

Desde el punto de vista arqueológico esto implica la aparición de diferentes tipos de yacimientos, en cuevas y al aire libre, utilizados, además, por distintos grupos. Hasta hace poco se pensaba que los hombres del Paleolítico Inferior empleaban exclusivamente las cuevas como vivienda, pero los datos arqueológi-

cos han demostrado mucha mayor complejidad. Por ejemplo, se han documentado especies de cabañas en el interior de aquéllas, a modo de un doble techo dentro de las mismas que protegería a los hombres contra el frío.

En ciertas épocas del año estas pequeñas bandas se reunirían con otros grupos más grandes para aprovechar mejor los recursos cinegéticos y las materias primas. Las alianzas eran por ello muy necesarias, por lo que es de suponer que estas sociedades fueran también muy abiertas. Modelos de otros grupos más recientes nos demuestran la existencia de un gran igualitarismo, aunque con diferenciación de *status* en función del sexo y edad de los individuos.

Sin embargo, a lo largo del Paleolítico estos grupos fueron variando enormemente debido a la necesidad de evolución técnica y de adaptación a distintos ecosistemas. Las grandes etapas que se pueden identificar en este proceso de cambio fueron el Paleolítico Inferior, Medio y Superior.

El Paleolítico Inferior se desarrolla a lo largo del Pleistoceno, siendo su límite superior el final del interglacial Riss/Würm y los inicios de la glaciación würmiense, según las zonas. Se sitúa entre 2.500.000 al 100.000 a. C., abarcando varios periodos interglaciares anteriores al Würm.

Las técnicas de caza y pesca en esta época fueron muy simples. Está bien documentada la existencia de trampas para los grandes mamíferos en las zonas pantanosas, hacia las que los cazadores conducían las manadas sirviéndose del ruido y del fuego. Los animales eran abatidos y troceados en el mismo lugar con hendedores y bifaces, siendo trasladados después a los lugares de habitación. Tanto la caza como la recolección requerían una actividad común del grupo cuyo éxito dependía, en gran medida, de la cohesión entre ojeadores, la fabricación de trampas y la elaboración de un instrumental especializado de piedra o madera.

El fuego, esencial para el hombre en toda esta época, servía para numerosas actividades: para procurarse calor, iluminar, hacer señales, cocinar, conservar jugos, quemar maleza, dirigir la caza, trabajar el sílex, la madera y el asta, preparar colorante con ocre y carbón, alejar a las alimañas de los campamentos, etc. Su mantenimiento y conservación requería un gran esfuerzo y cohesión social. Su domesticación está confirmada por lo menos desde 1.500.000 a. C. y en Europa, concretamente desde 700.000 a. C., durante el periodo Achelense.

Este gran periodo se suele dividir en dos grandes fases: Paleolítico Inferior arcaico y clásico. El primero se caracteriza por las industrias de cantos trabajados, (*Pebble Culture* u Olduvaiense), que en África inicia el *Homo Habilis*, hacia el

1.800.000 a. C. A su vez, el Paleolítico Inferior clásico se caracteriza por el desarrollo del complejo Achelense, con una nueva especie de homínido, el *Homo Erectus* e industrias de bifaces y lascas. En Europa y buena parte de Asia estos complejos industriales, que se desarrollan a partir de 1.000.000 a. C., están vinculados al *Homo Erectus*, hoy individualizado para nuestro continente bajo la denominación de *Homo Antecesor*.

Los vestigios más antiguos europeos de *Homo Antecesor* los hallamos en Atapuerca (Ibeas de Juarros, Burgos, España). Allí se han detectado, en el Estrato Aurora, TD6, de la Gran Dolina, restos de seis individuos del Pleistoceno Inferior asociados a una tosca industria de cantos trabajados y lascas, con una cronología obtenida por métodos geológicos y por paleomagnetismo, de 800.000 a. C. anterior al cambio de polaridad Brunhes-Matuyama (J. L. Arsuaga, 2000).

El Paleolítico Medio, en el que se da el complejo industrial Musteriense, se inicia a finales del interglaciador Riss/Würm para desarrollarse con plenitud durante el Wurm I y II. Se fecha, en términos generales, entre 120.000 y 35.000 a. C.

El término Musteriense lo propuso G. Mortillet en 1869 a partir de los descubrimientos de los abrigos de Le Mustier, en la región de la Dordoña francesa. Se extiende fundamentalmente por Europa Occidental y el Próximo Oriente y otras áreas de Asia y África. Los datos más completos sobre el periodo musterense proceden de yacimientos españoles y franceses.

En este momento el hombre pertenece a la especie de *Homo Neanderthalensis*, que ha sido tradicionalmente identificada con el eslabón perdido de las teorías evolucionistas. Sus restos paleontológicos presentan una capacidad craneana dentro de la media del hombre actual, aunque conserva algunos rasgos arcaizantes, como el *torus* supraorbital, el cráneo alargado y la frente retrasada.

Los lugares de habitación propios del Paleolítico Medio son, desde los Montes Zagros hasta la Península Ibérica, las cuevas, los abrigos y los campamentos al aire libre. Ambos son adecuados por el hombre por medio de losas, muretes o postes.

La vida de estos hombres era muy dura, pues debían sobrevivir en un medio muy hostil, especialmente en la fría Europa. Para la caza utilizaban lanzas armadas con puntas líticas y trampas. Los animales cazados eran, sólo eventualmente, de gran tamaño, pero lo más frecuente era la caza poco selectiva y oportunista de animales de tamaño medio y pequeño. Cuando era abatido un gran mamífero, éste era descuartizado en el lugar en el que caía, como en el periodo anterior. En cambio, las presas de menor tamaño se llevaban a los lugares de habitación.

Como en el Paleolítico Inferior, en el Paleolítico Medio las sociedades eran pequeñas y con una organización muy básica en la que, sin duda, destacarían los expertos cazadores y los hábiles fabricantes de industrias líticas.

Aunque las cuevas eran utilizadas básicamente como lugares de habitación, cada día son más los testimonios y cobra más fuerza la idea de que en ellas tenían lugar, también, ritos de carácter funerario. El rito funerario suele consistir en una simple fosa que puede estar cerrada por una losa, como en La Ferrassie (Dordoña, Francia). El cadáver puede aparecer con las piernas fuertemente plegadas, como en La Chapelle aux Saints (Francia) y a veces puede presentar un ajuar, no muy bien definido, a su lado. También se han encontrado restos de fetos humanos. En Atapuerca y otros yacimientos parece demostrado que, además de los rituales funerarios, el hombre de Neanderthal practicó el canibalismo y el culto al oso cavernario.

El Paleolítico Superior se inicia hacia el 40.000 a. C. y se corresponde con la tercera y cuarta oscilaciones frías de la glaciación del Würm, finalizando hacia el 10.000 a. C. En este periodo se van a producir hechos de gran importancia. El primero de ellos es la aparición del *Homo Sapiens Sapiens*, que coexiste en un primer momento con el *Homo Neanderthalensis*. Con una estatura entre 1,20 y 1,70 m, capacidad craneana de 1.200 a 1.700 cm<sup>3</sup> y un esqueleto de huesos ligeros y frágiles, carece de *torus* supraorbitario y tiene la frente alta y visión ortogonal. El *Homo Sapiens Sapiens* va a ocupar todos los continentes gracias al acortamiento de las distancias, en los momentos de glaciación, entre las masas continentales de Asia y América. Por otra parte, en su época la industria de lascas es sustituida por hojas de tipología enormemente variada y se desarrolla en gran medida el trabajo de hueso y de asta para obtener proyectiles, azagayas, punzones, arpones, espátulas, etc.

A lo largo del Paleolítico Superior se suceden diversos periodos representados por otras tantas culturas. En primer lugar, el Chatelperroniense o Perigordense inferior, considerado como una industria de transición; a continuación el Auriñaciense y el Gravetiense, que se distribuyen a lo largo de una Europa carente de hielos; el Solutrense, con una especialización de la industria lítica apuntada; y, por último, el Magdaleniense, caracterizado por generalizarse en él los útiles sobre hoja del complejo anterior, una microlización de las piezas y un gran desarrollo del instrumental de hueso.

El hombre tiende ahora a organizar el espacio en el que vive, remodelando y adaptando las cuevas y abrigos y construyendo habitáculos adaptados al medio.

Por otra parte, al no estar tan limitado por el medio, puede obtener para su alimentación tanto piezas de caza mayor terrestres como fluviales y marinas, así como una gran variedad de vegetales. Sin embargo, lo más sobresaliente del Paleolítico Superior tiene sin duda que ver con los hábitos funerarios y con la aparición de las primeras manifestaciones artísticas (A. M. Muñoz Amilibia *et alii*, I, 2001).

La mayor parte de los enterramientos del Paleolítico Superior proceden, hasta el momento, del Perigord francés, la Liguria italiana, Moravia y Rusia. El cadáver suele aparecer en posición fetal hacia la izquierda o la derecha, o bien reposando sobre la espalda. Otras veces la postura del esqueleto, en cuclillas, demuestra que fue previamente atado para lograr esta postura. En algunas ocasiones el esqueleto se ponía encima de una estructura de losas de piedras o de huesos de mamut, incluso debajo de enormes omoplatos de éstos, pintados o grabados. Una costumbre bastante extendida parece ser la de pulverizar al muerto con sustancias minerales de color rojo, quizás en la creencia de que el color le devolvería a la vida, aunque también es posible que se utilizara para retrasar la descomposición del cadáver.

Las manifestaciones artísticas incluyen el arte rupestre, que se documenta tanto en la entrada como en el interior de las cuevas, en abrigos y al aire libre, así como el arte mueble, realizado sobre placas de piedra y objetos de hueso, asta o marfil de pequeño tamaño (T. Chapa-M. Menéndez, 1994). En ellos se utilizan tanto la pintura como el grabado, predominando este último en el arte mueble. Los colores básicos utilizados fueron el negro, el rojo y los ocres, siendo excepcionales el amarillo y el blanco. Conocemos las materias primas empleadas: pigmentos como el óxido de hierro, el óxido de magnesio, el carbón, la arcilla, el caolín, etc. También los aglutinantes, que pueden ser de origen orgánico e inorgánico. La distribución de las pinturas rupestres del Paleolítico Inferior es irregular, apareciendo en diversos lugares de Europa, América y Oceanía y desde la Península Ibérica hasta los Urales, concentrándose el 90% en las regiones cantábrica y pirenaica (V. Cabrera-M. Fernández, 2002; M. Menéndez *et alii*, I, 2007). La temática en todos los casos es similar: incluye «zoomorfos», que es el tipo más frecuente (caballo, bisonte, toro salvaje, mamut, cabra, reno...); «antropomorfos» (figuras humanas completas o sólo una parte de ellas, como la cabeza o las manos, destacándose en el arte mueble las «venus» con sus atributos sexuales muy marcados); «tectiformes» y «signos ideomorfos» (trazos geométricos, ya sean lineales o formando círculos, cuadrados, rectángulos...).

La interpretación de estas manifestaciones artísticas es difícil y ha dado pie a numerosas teorías: desde la que las supone una expresión del «arte por el arte» o la «expresión mágica y prerreligiosa de las sociedades cazadoras-recolectoras», hasta la que las considera una forma de comunicación, ya sea como una concepción cósmica (Leroi Gourhan y Laming Empeaire) o «la expresión de un lenguaje desconocido» (G. y S. Sauvet, 1987), por citar algunas.

El término Mesolítico fue empleado por primera vez en 1886 por Westropp para indicar la etapa intermedia entre el Paleolítico y el Neolítico. En la investigación se distinguen dos términos: Epipaleolítico, que serviría para identificar a aquellos grupos herederos del Paleolítico que siguen empleando la técnica laminar en sus industrias —como ocurre en la Península Ibérica— y Mesolítico, que se aplica a los grupos con industrias de tipo microlítico que se encuentran más cerca del proceso neolitizador. A veces se emplea uno de los dos términos o ambos como sinónimos.

En esta etapa culmina el Pleistoceno, hacia el 10.000 a. C. y se manifiesta un cambio climático que se inicia en el Holoceno, nuevo periodo interglaciar en el que actualmente nos encontramos. Con él, el nivel del mar sube hasta 100 m. con respecto a su posición en la glaciación Würm. La desaparición de los glaciares motivó un ascenso de latitud del frente polar, lo que permitió un aumento de pluviosidad y de temperatura sobre gran parte de Europa y afectó tanto a la flora como a la fauna, provocando el desarrollo de los bosques de abedules y pinos, así como de algunas especies de crustáceos, moluscos y peces, lo que tendría consecuencias en la dieta de los hombres.

La evolución de las comunidades mesolíticas epipaleolíticas fue muy desigual en las distintas partes del mundo, alcanzándose la estabilidad climática en algunas zonas más rápidamente que en otras, por lo que los cazadores-recolectores tuvieron que modificar poco a poco sus técnicas de explotación de los recursos del medio (R. Dennell, 1987).

También se dio entonces un cierto crecimiento demográfico, lo que provocó que los asentamientos fueran mayores y más duraderos, así como una mayor diversificación, especialización y eficacia en la tecnología y métodos de subsistencia. Se observa, además, una tendencia hacia el microlitismo de la industria lítica, que suele producir formas geométricas, adaptándose a las nuevas necesidades del cambio ambiental. Igualmente existe una gran variedad de industria ósea, con una clara tendencia utilitaria, desapareciendo las manifestaciones artísticas del arte mueble. En las técnicas cinegéticas se pasó de la modalidad de caza a larga

distancia a la corta, generalizándose el uso del arco y las flechas. La caza llegó a ser insuficiente y se tendió a los recursos marinos como base de subsistencia. La recolección de vegetales también cubrió parte de las necesidades de la alimentación. Se atestiguan finalmente redes de intercambios a larga distancia, documentándose por primera vez la navegación arqueológicamente. Las embarcaciones más antiguas conocidas, hoy por hoy, proceden del noroeste de Europa.

En cuanto al hábitat, fue muy variado. Se siguieron utilizando en algunas zonas las cuevas y los abrigo de tradición paleolítica además de los refugios al aire libre, que se situaban generalmente al lado de los ríos, lagos o lugares óptimos para la caza. Existían, dentro de éstos, campamentos base y asentamientos ocasionales o de temporada. Las cabañas son variadas: de planta circular o trapezoidal, semiexcavadas en el suelo, con suelos empedrados, muretes, hogares, talleres de sílex, fosos de almacenamiento, etc.

El periodo Neolítico se definió a partir de criterios tecnológicos, como el sistema de pulimento de la piedra, la cerámica, etc. En la actualidad, sin embargo, se da más importancia a las nuevas formas económicas y sociales de estos grupos humanos y a los diferentes modelos de vida que comportaron esas transformaciones. La aparición de la agricultura y ganadería complementó las actividades anteriores de la caza y recolección y, por consiguiente, el sedentarismo, con el subsiguiente nacimiento de las primeras estructuras de poblados, el aumento de población y la especialización en el trabajo. Se avanzó, por otra parte, hacia una jerarquización más compleja y hacia el desarrollo de formas de religiosidad. Todos estos cambios no se hicieron de forma brusca sino gradualmente, con un desarrollo desigual según las zonas (A. M. Muñoz Amilibia, 2002; M. Menéndez *et alii*, II, 2007).

Ya desde el X milenio a. C. se aprecia en el Próximo Oriente la recolección especializada de vegetales, lo que supone el primer paso hacia la agricultura, con pequeños poblados al aire libre que viven de la recolección selectiva de cebada y trigo silvestre, así como de la domesticación de cabras, ovejas, cerdos y vacas (Ch. Redman, 1990). El Neolítico surge en el Levante Mediterráneo a partir de los poblados natufienses, hacia 8.000 a. C.

Moore (1985) divide el Neolítico en dos fases: Neolítico Precerámico y Neolítico Cerámico. El primero (8500-6000 a. C.) se subdivide a su vez en dos momentos: A (con agricultura y chozas circulares y estructura de madera de tradición mesolítica) y B (además de la agricultura y ganadería, se caracteriza por las viviendas rectangulares con muros de piedra y con habitaciones, existiendo en los poblados lugares destinados al culto en los que sobresale la práctica de recubrir